

LUIS ANTONIO DE VILLENA
SELECCIÓN DE POEMAS

♩ De **SUBLIME SOLARIUM** (1971)

Tango

Oh aquella noche en Maxim's era como tener entre los dedos una copa de kirsh, el olor de de las cerezas, queridísima Eleonora, tu vestido como un río sin sangre, y el rímel en tus pestañas como aves tropicales y nunca más morir.

La orquesta perlaba de silencios el espacio, tu cintura es como una pulsera, violetas aromadas con champán de rosas Hernando's hideaway. Y era como ya nunca más vivir.

Tus ojos tan bellos y tantas lunas de oro pendidas de un sedal. Los naipes, el humo del kifi ruso, tantos crisantemos muertos y el raso que relumbra como labios de niñas, gardenias más dulces atravesadas todas por sístoles de amor.

Eleonora olvida que has muerto o que vas a morir. El kirsch sabe a cerezas tiernas y yo no sé jugar al baccará. Y hay ponchos negros en los mármoles para verte pasar. Crepúsculos tan íntimos, tan suaves, acariciar tu piel mientras bailamos es como arder en rímel y sentir que hay un río de ocasos que descieñe en tus labios alacranes de amor, tan íntimo, tan suave, como oler por la noche la espuma del mar.

Rompemos las copas en Maxim's, se funden las luciérnagas de noche y amamos en silencio las velas del quinqué. Estréchame, Eleonora, tu vestido de organza, ese tono escarlata y aromas desirée. Viviremos para siempre, para siempre, Eleonora, como esa noche en que tantos murieron mientras tú y yo bailábamos oropéndolas con el amanecer. Crepúsculos y rosas de piano, aquel beso tan grato como lluvias de estío y el alba color champán, tanta nostalgia clavada en los escotes, A media luz, tan lento, o Hernando's hideaway...

♩ De **EL VIAJE A BIZANCIO** (1978)

Piscina*

Con un ligero impulso la palanca palpita, y el desnudo se goza un instante en el aire, para astillar después en vibraciones verdes el oro y el azul y la espuma que canta. Desciendes un momento. Y riela en los visos del cristal transparente el fuego que galopa entre las ramas verdes, y es túnica de seda que amorosa recoge la selva de tu cuerpo. Te detienes y nadas. El fondo es tu capricho.

Como un solaz de algas que amase tu cabello te complaces en verte por grutas submarinas. Y al regresar al sol, nos miras en la orilla, mientras, toda codicias sexuales, el agua deseosa, se goza solitaria en tu cintura.

Sigfrid muere*

Nibelungenlied

En una roca agreste junto al río, al final de la lucha cae el guerrero. Desnudo, adolescente apenas, hay sangre en sus manos, lilas en los ojos, y el aire mueve lento su rubia cabellera. Aún guarda el cuerpo la tensión de la lucha. El calor del músculo. El gesto heroico. Hay sangre y el aire huele a hierba. Las águilas extienden sus alas gloriosas sobre el héroe que dio su vida al amor y a la belleza. A todos los éxtasis inmensos. Sigfrido muere. Y nos salva en su gesto. Joven dios entregado al fuego y a la sangre, su derrota es victoria. Por él (y por los suyos eternos) cada día alcanzamos la visión de los dioses. Nosotros, lento imperio al fin de la decadencia.

Dominio de la noche*

Tu regardais dormir ma belle negligence

P. VALERY

El cabello se esparce suavemente en el lino, como un mar que es el oro si despacio amanece. Suavemente se pliegan las pestañas, y los besos se duermen en los labios y respiran flores.

Ignora la cintura que es sagrada la mano que recorre las piernas y sus bahías dulces, la extensión marina del lino que se tuerce, las playas invisibles de la espalda. Todo ignora.

Y otra mano se expande así, muy quedamente, y al moverse, el impulso descubre más ocultas dulzuras. Besos. Deseos. Amor. Ignoradas bahías. Duérmese. Y yo miro dormir tu joven negligencia.

Tanka*

Mirando desde mi ventana

¡Cuántas cosas ignoras!
Grácil como árbol o nube,
como bahía o flor o como río,
llevas todo el amor en ti,
y no lo sabes.

♩ De **HYMNICA** (1979)

La vida escandalosa

¿Y qué puedo decir? ¿Asentir? ¿Negarlo?
He bajado las escaleras que he bajado
(muy en penumbra, a menudo), me he tendido
con los cuerpos que ha sido –con ésos precisamente–
aunque no, desde luego, con cuantos he deseado.
Con la vista me voy, sin evitar atajos,
a los lugares aquellos que no sospecha nadie.

A ciertas horas no se llame a mi teléfono;
donde voy aquel rato no lo nombro al amigo
-ese que tiene casa y mujer y empleo asegurado-.
Lo que bebo en tu copa (he hablado de ti
todo el poema) lo adjetivo para que no se entienda.
Lo que hago contigo lo niega mi faz por la mañana.
Por la esquina maleva paso, embozado, muchas noches.
¿Asentir? ¿Negar? Sé bien que se murmura.
Pero yo no hago caso. (Y no se escandalicen los
[prudentes.]
Que toda vida que se vive plena es vida para escándalo.

Vida de filósofos ilustres*

Aprende que emanan efluvios de todas las cosas nacidas.
Que todo da luz. Que cada cosa inflama al aire de
[presencia.

El árbol esplende, el mar se irisa, los efluvios se cruzan.
Un cuerpo brota llamas, si se hace realidad desnuda
sobre la arena tibia. El río incita al agua. Al júbilo.
Todas las cosas lanzan al aire sus redes de deseos.
Y el hombre debe enredarse en ellos. Arder. Ser humo
y combustión y brasa y cellisca en sus breves días.
Unirse a todo cuerpo. Transmutarse en amor. No dejar
huir ningún deseo. Árbol o niña, joven o tigresa.
Arder en cada amor. Y amar todo deseo. Y ser,
al final, como Empédocles, fuego, fuego solo, fuego
en la alta cumbre, sagrada y estéril, del Etna...

Palabras de un lector del *Fedro**

Cuando se ofrezca a ti la Belleza,
cuando sacuda su pelo un minuto en
el viento, cuando brille su torso espléndido,
acéptala como el presente de un rey
magnánimo. Complácete en su figura
joven, en su oro súbito, en su pecho
terso, que apareció sin saber por qué,
en horas extraordinarias o cotidianas.
No preguntes jamás qué significa
aquello. Es incorrecto demandar al rey
por su regalo. Incorrecto e inútil.
Acéptalo nada más. Mira el don fugaz,
y goza, hazlo tuyo si puedes. Desea.
Porque pronto, ya sabes, se tornará ceniza,
y la Belleza, tras el deseo, es tan sólo memoria.
Y no olvides que la última elegancia
es la tierra imaginada. El doncel que
busca al dragón. Su espera en la noche.
La armonía de su cuerpo que sueña diosas lejanas...

Un arte de vida*

Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa,
tu corbata de tarde, la carta que le escribes
a un amigo, la opinión sobre un lienzo, que dirás
en la charla, pero que no tendrás el torpe gusto
de pretender escrita. Beber, que es un placer efímero.
Amar el sol y desear veranos, y el invierno
lentísimo que invita a la nostalgia (¿de dónde
esa nostalgia?). Salir todas las noches, arreglarte
el *foulard* con cariño esmerado ante el espejo,
embriagarte en belleza cuanto puedas, perseguir
y anhelar jóvenes cuerpos, llanuras prodigiosas,
todo el mundo que cabe en tanta euritmia.

Dejar de amanecida tan fantásticos lechos,
y olerte las manos mientras buscas taxi, gozando
en la memoria, porque hablan de vellos y delicias
y escondidos lugares, y perfumes sin nombre,
dulces como los cuerpos. ¡Qué frío amanecer entonces,
qué triste es, qué bello! Las sábanas te acogerán
después, un tanto yermas, y esperarás el sueño.
Del día que vendrá no sabes nada. (No consultas
oráculos.) Te quemarán hastíos y emociones,
tertulias y bellezas, las rosas de un banquete
suntuario, y las viejas callejas, donde se siente
todo, en el verano, como un aroma intenso.
Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa.
Y si todo va mal, si al final todo es duro,
como Verlaine, saber ser el rey de un *palacio de invierno*.

♣ De *HUIR DEL INVIERNO* (1981)

Giovanni Antonio Bazzi *Il Sodoma*

Sólo la calle me hace falta.
En cualquier acera hallo la Biblia.
El ángel que detiene la mano
de Abraham, o el San Juan joven
que predica en el desierto:
Jordán sus labios y palmeras tiernas.
Lo que pinto, por eso, semeja
otra cosa. Pero es la calle sólo,
la realidad absoluta de este reino.
Todo lo demás es decorado,
simplemente pretexto. Lo que yo
amo, sobre todo, es la vida, el mundo,
la juventud irrepitable, el momento
de la gracia, cruel y transitorio.
Poco me importa que ciertos familiares
no me saluden. O que de mí se diga
que bebo muchas tardes con mozos
de cuerda y pajes que se bañan
en el Tíber. ¡Amo tanto la realidad,
amigo mío, que todos creen que son
fábulas lo que pinto! Sebastián
muriente, o la Troya desolada
de la que huye el crinado Eneas.
Pero no hay nada de eso. Ojos
vistos al azar, cuerpos que amo
en una tarde. Cinturas breves
que arden como la ciudad aquella.
Soy un ladrón de realidad
y creo bien que todo arte es rapto.
Por eso importa más el vivir,
finalmente. Y de una u otra manera,
el artista, señor, es delincuente.

El verano*

Es obvio que no ignora su hermosura.
Camina en la mañana, azul y rubio todo como un día de
[agosto,
esbelto y largo como una tarde cálida,
coronado de flores pasionarias,
engendrando el deseo y encrespando la dicha.
No va a ninguna parte bajo el sol matutino,
entre mujeres sin manga que hacen compra, pasos de
[Corpus, 2

y torres de gótico tardío, bruñidas de una luz radiante.
Llévame, arrástrame contigo...
(Eres un incendio en un mar verde palma,
o el amor simplemente, con guirnaldas y ruidos.
Pasión y belleza habitan en tus días,
y arcángeles cantores circundan tu camino.)
Llévame, arrástrame contigo...
Ufano en la mañana, mientras tus ojos cantan
y tu figura larga acicatea el ocio en plazuelas con fuente,
palacio y bar antiguo...

Y al volver ya la esquina,
como una *stravaganza* de música barroca,
te vuelves, me sonríes (sabes bien que he mirado)
y me guiñas un ojo, dulce,
feliz,
provocativo...

Cuesta abajo*

Perder es el gesto más noble de la vida.
Pero no hay que engañarse. Sólo quien tuvo pierde.
Perder es por ello un doble triunfo. El desdén
de ahora y el cortejo relumbrante del principio.
Aceptar la miseria tras el oro. Complacerse
en ser nadie, siendo rico. Deshacerse de todo.
Gustar el fango con paladar de príncipe.
(Creadores estériles o reyes en el exilio).
Pero el verdadero perdedor no es el que busca,
sino el que acepta —realmente— su destino.
Luce lo que no es suyo. Y tiene deudas, alcohólico
y avejentado, como las tenían los jóvenes *lords*
de hace un siglo. Para comprar diamantes y caballos...
El perdedor nada quiere saber de cuanto amara
(ha puesto con desgana su firma en aquel libro).
Perder es ser otro y ser el mismo. Y vivir
al fin el tirón desgarrado de la carne, que ennoblece
y ensucia. Perder es un último acto de dandismo.

Mucho más triste que la muerte odiosa

Amante de la muerte, enamorado feliz
del único reposo que habita en este mundo:
¡Sal, sal fuera, huye, escapa para siempre!
¿Cómo perseverar un año más? Es muy duro
el camino, y no me gusta nada este universo.
Porque amo, y la mano parpadea en el aire.
Deseo, y el ansia no se transforma en cuerpos rubios.
Y caen mis párpados, porque no soy feliz
apenas nunca, y pesa extrañamente la melancolía.
Yo huiría de aquí, no me veríais nunca,
gritaría ¡fuego!, ¡fuego! Y cerrando el telón
me pondría un vestido verde, como de escamas
de otro mundo. Porque he querido ser un rey
que cena antes de la guillotina; un frívolo
galán bajo un baile de arañas, y un hermoso
muchacho cuya vida es de amor y de lujo.
Pero ninguno he sido. Es muy arduo vivir.
Y ningún futuro (ninguno) es elegante o digno.

§ De LA MUERTE ÚNICAMENTE (1984)

Príncipe di Montenevoso*

Soy de los que ardientemente detestan la injusticia,
de los que creen que es indigno casi cualquier privilegio;
y al tiempo soy clasista y amo la diferencia.
Creo en el pueblo y me llena de rabia la pobreza,
mas soy también feroz individualista, singular extremo.
Amo al amor sobre todas las cosas, detesto la ternura.
Soy altivo, intolerante, fuerte; pero débil como niño
[pequeño.

Aplaudo al que lo mata, mas me uno con el Zar y su
[destino.

Creo en la bondad como en un bien supremo,
mas haciendo daño –hay días– experimento júbilo.
Vivo en soledad la plenitud más alta,
aunque el mundo me llame y su halago me encienda.
La vida me gusta toda, fervor de mis sentidos,
pero a su vez la muerte me tienta serenísima.
Soy de los que viven y quieren ya estar muertos.
Me gusta el sol y el infinito placer de los crepúsculos.

§ De COMO A LUGAR EXTRAÑO (1990)

Et omnia vanitas*

Como quien todo ha perdido
y voluntario se desprende de lo que aún le quedaba...
Una casa apartada y pequeña,
con los solos ruidos del aire o de la vida,
cerca de la montaña... Y álamos y olmos
junto a un río pedregoso, que levísimo escapa.
Rústico casi todo, y rústica la mesa
sobre la que tantos tomos convierten el conocimiento
en la única aventura deseada...
(Schopenhauer, Teócrito, Medrano, memorialistas
de los siglos áureos...)
Un corral con gallinas: Y andar con sayal franciscano
y una vieja peluca Luis XVI,
para los días muy fríos o con el alma extraña...
¿Es este aquel de abrigo y bufandas sorprendentes?
¿Es escandaloso, buscador de extravagancia?
Como de tantas cosas, qué poco ha quedado...
Desengaño, cierzo, desinterés, acedía,
un gran apetito de ausencia y de fracaso.
Aquí, retirado de todo,
sin el consuelo del bucolismo arcádico,
en un campo benigno y triste,
sedante, polvoriento, silvestre, manso...
Enfrascado en los libros, desdeñoso del mundo,
rotos los hilos de las vanidades,
ajeno, solitario, altivo, arisco,
estrafalario amigo que ya no aguardas nada...

El joven de los pendientes de plata*

Llevaba días viéndole en el bar,
apoyado en la barra y bebiendo cerveza.
Jamás respondió a mis miradas
(que probablemente no viese) y cuando
pregunté a los parroquianos si sabían de él
ninguno –ni los camareros– pudieron darme nuevas.
Apenas hablaba, y aunque joven de cierto,
parecía perdida su mente en lejanías,
como si algo le arrastrase hacia un remoto tiempo.

Moreno, con las botas negras y chaquetón azul, llevaba en coleta el pelo, y pendientes de plata. Pero eran sus ojos sobre todo, sus profundos y grandes ojos garzos, lo que más me impresionaba en aquel hermoso y triste solitario de la barra. No: La gente siguió sin saber nada. Y entonces me decidí (suelo ser muy osado) y me acerqué y le pregunté, invitándole a la par a otra cerveza. Me miró sonriendo –sin sorpresa– y tuvo la actitud del que concede, aunque apenas dijera una palabra. Tras ciertos circunloquios vanos, contestó que su oficio era el mar. Que había viajado mucho, cambiando también de empresa, y que en fin, estaba muy cansado. Hablaba un español con acento entre holandés y brasileño, y mientras decía y bebía (cordial siempre) perseveraba su dejo de añorante distancia. Le propuse si quería acompañarme a casa, y beberse conmigo –oyendo música– la última cerveza. Sonrió como quien ya supiera, y me hizo otro gesto indicando la puerta. Mis amigos me vieron salir, amedrentados, con aquel extranjero de pendientes [argénteos.

Y cuando concluimos la cama y las cervezas, y hablamos de aventuras y pasiones, y del amor al riesgo, mientras se vestía (cuerpo delgado y duro, cálido y cobrizo) torné a preguntarle quién era y como se llamaba, pues nunca dijo el nombre. Con un leve desdén en la boca perfecta, me pidió dinero para pasar la noche y replicó (abrochándose el cinturón y francamente hilarante) *Ya ves, tío, yo soy el último pirata del mar de los Sargazos*. Le contesté riendo: ¿Pero aún queda alguno? Nosotros ya creíamos que todos habíais muerto. Y entonces, con tristeza, tras tomar el billete, y a punto de largarse, me miró suavemente: *Pequé con delirio en los mares de España. Adiós, chico. No me permiten todavía que muera*. Y escuché el ascensor y el sonido del viento que en la calle silbaba.

§ De LA PROSA DEL MUNDO (2009)

El cónsul

Mi ciudad –fuera cual fuese– era civilizada y era noble. La gente libre y pacífica (aunque siempre existe la miseria) y el oro una metáfora, un cuerpo, un libro...

¿Por qué no vivo en mi ciudad y porqué perdí aquella casa –allí– espaciosa y tranquila? Vine a la frontera. O me enviaron, no lo recuerdo bien. Y ahora –han pasado bastantes, muchos años– no sé salir ni sé volver. Y aún peor, pues ignoro si mi ciudad (aquella armoniosa ciudad) existe todavía. Vivo aquí, en clima áspero y entre gente ruda. Entre zafios y patanes, muy presuntuosos a menudo. Adoro a ciertos hijos suyos, que a veces me lanzan verriendos aullidos... Ignorantes, toscos, poderosos, ricos, incultos hasta el yermo, groseros, mendaces, híspidos. ¿Qué hago yo entre ellos? No, éste no es mi mundo, ni éstos –patriotereros como son, de una u otra esquina– son mi gente. De los míos sólo de tanto en tanto recibo noticias, con retraso notable. He dicho que mi ciudad –probablemente– ha sido ya censurada y abolida. Por lo demás, no sé volver, y estos patanes usan una moral de viejas tontas... Sé que casi nunca me entienden. A veces, al

despertarme –entrado el mediodía– desazonado casi siempre, digo: ¿dónde estoy? ¿Qué hago yo aquí? Y no sé, de veras, si pertenezco ya al pasado o al futuro.

§ De PROYECTO PARA EXCAVAR UNA VILLA ROMANA EN EL PÁRAMO (2012)

Epitafio*

Amigo que pasas, detente un instante.
Yacen aquí las cenizas de alguien
que no pidió venir (al que nada
le hubiese importado no venir)
y que, sin dolor, nunca temió irse.
Como tú, pensaba que este mundo
es oscuro y sucio, y crueles y necios
la mayoría de los hombres, avaros y egoístas.
Hay momentos de lujo: la belleza
y el arte. Los chicos y los libros.
Él no buscó más. Y agradece
a los dioses que le impidieran llegar
a la vejez, tediosa y terrible.
Atrapa el presente, amigo.
Goza y no tengas miedo.
El mundo no tiene arreglo
y los hombres tampoco. Suciedad
y traición colman la vida.
Coge los momentos fugaces de luz
y calienta con ellos la tumba.
Aquí sólo hay silencio y olvido.
Claro que hubiera dado igual no venir.
Pero ya que llegaste (sin pedirlo)
pásalo lo mejor que puedas...
Te lo dice quien, sin dolor,
no temió partir. Y lo hizo de golpe preciso.
Tranquilo, el Averno es benigno.
Y en verdad nada es peor
(salva los dorados momentos de oro)
que la vida misma. La inclemente
y dulce vida. Entrar, salir... No temas.
Nada hay, sólo el presente existe.
Sé feliz, caminante. Me llamo Nadie.
Como tú, como aquel, como todos...
Nadie descansando en Nada.

§ Poema inédito (2012)

Miro una foto tuya*

Esta foto dice una honda verdad: fue, todo es cierto.
Pero dice algo más claro aún: mudó. No es ya.
Era el sol de la dicha en oros repetidos,
el azul de los sueños, girando en tornasoles.
Y húmedos los labios y la piel de celindas...Verdad
que ya no existe. No porque el tiempo pase (lo hace)
mas porque ese tiempo desabastece y gira.
Lo que estuvo se fue, lo que era cambió de mira.
La verdad es verdad, el recuerdo recuerda, no equivoca,
pero todo es incierto hoy. Y si vuelves no hay nada.
La voz es otro timbre, la proporción diversa, los ángulos
trocados, la geometría absurda. El viento se lo llevó todo.
Visible e invisible. El cuerpo, el ánima, la atmósfera, las
flores.

Emociona mirar. Las lágrimas, claro, son otra cosa
[distinta...
La foto no es un recuerdo tuyo (lo es).
El museo dice más que el sol. La imagen más que la dicha.
La caída de Roma o de Bizancio. Mejor, "Las ruinas de
[Palmira".
La foto, humilde, es sólo una lección de Historia. ¿Sólo eso?

(*) Los poemas señalados con asterisco rojo se han incluido en las actividades didácticas de comentario y creatividad.